

# LA INTEGRACION NACIONAL

POR EL ESTUDIANTE JAVIER VIVANCO

**V**OCES proféticas se hacen oír por todos los continentes. Se proclama con una intensidad sin límites que el oriente místico hará surgir de nuevo la voz de la Upanishadas, que la Europa fáustica amoldará a la acción de sus días futuros la energía dispersa de sus posibilidades, y que la América nuestra, ante la tragedia de las culturas agonizantes, cincelará la nueva expresión de la vida con la salvaje sintonía de un mundo que no ha sido descubierto.

Tras de todas estas predicciones inmodestas que se hacen del mañana, se descubre claro y neto el valor cádico de las modernas organizaciones. Por sobre las llamas optimistas de los directores europeos, por sobre los anhelos de las almas ilusionadas de los adalides americanos y por encima del grito exangüe de la tradición asiática, flota el peso doloroso e indefinible de las deficiencias nacionales. Las máquinas políticas en uso, hijas de los occidentales del siglo XIX, no han cumplido como ciclo histórico de los pueblos en la nación, el feroz monstruo del occidente de que nos habla Tagore.

Por el egoísmo de las tradiciones y por la competencia de los mercados, convirtiéndose la nación de aspecto político de una sociedad en principio, dirigente no sólo de las expresiones espontáneas del individuo como ser sociable, sino como sujeto de los ideales que baten las conciencias con propósitos más elevados. Por estas usurpaciones hechas a los renacimientos espirituales y a los fines ulteriores del hombre, la nación acabó por someter a su yugo los impulsos mismos del corazón humano y con ello logró erigir un emblema de sus ambiciones a la eficiencia y al poderío.

La nación ha ahogado la simiente viva de la civilización occidental, ha opacado con la fuerza de sus ejercicios y con la precisión indiscutible de sus procedimientos, el clamor de las ideas y la vitalidad moral de un Continente que ya no sabe apreciar sus realidades entre el estruendo de la máquina y el juego de la política internacional.

Contra los que pretenden llenar las grietas de la insuficiencia

espiritual de la nación con los productos del poderío, contra los que se proponen acallar las orgías locas de militarismo con la vacuidad de los pactos internacionales; contra todos los que siguen creyendo en el valor de los rascacielos y de los cañones y que motejan de iluso al que habla de la dignidad del hombre y de la fragancia infinita de la humildad, y en contra del profetismo histórico de los filósofos occidentales que vislumbran una Europa eternamente núbil; en verdad os aseguro que si la nación sigue siendo la imagen de la suspicacia y de la supremacía, no soportará por más tiempo el peso de sus avaricias y de sus conquistas materiales y colocará en lugar de la decadencia de la cultura de occidente, que es un mito, la decadencia del poder organizado constituido por la nación. Ahora bien, ante el imperativo histórico que induce a los pueblos a organizarse, este ejemplo del desastre europeo será para nosotros, que no hemos llegado a constituir nación, la causa del nuevo concepto social, que ya vive íntegro en la conciencia de las minorías y que hará cumplir el sino de nuestro pueblo a través de las generaciones.

Para esta época próxima de integración nacional, necesitamos el impulso ingente de una idea que les dé forma a nuestras realidades; puesto que todo período histórico de los pueblos se concentra y gira en una idea que atrae y gobierna los acontecimientos.

Carlyle, descubriendo el alma de los tiempos, pone el acento sobre la epopeya que forja el héroe; si la tradición y las casas reinantes europeas le dieron vida al embrión nacionalista, y si el monje y el caballero son claros símbolos medioevales, es porque Carlyle descubre a través de las densas nieblas nórdicas los personajes sombríos que hacían levantar el grito unánime de los viejos pobladores, es porque las vivas tradiciones seculares y las viejas dinastías representaron a través de las generaciones la unidad religiosa y territorial de España con la Habsburgo o la integración alemana con el pensamiento bélico de los Hohenzollern, y es, por último, porque el soldado y el religioso concentran la visión de una época forjada con el brazo fuerte de los señores feudales y con la serena elevación de la prédica cristiana.

Así, pues, al esfuerzo incomprendido de los primeros que desean mejoramiento, se unirá la idea admirable de la sociabilidad humana, sentida y comprendida, hecha realidad por la libre determinación de los individuos que viven bajo el mismo cielo y que harán traducir el caudal de sus pensamientos y de sus pasiones en una peculiar estilización de la cultura. Es esta una obra digna de vosotros; empresa de cerebros jóvenes que verán siempre al futuro y que apreciarán como tristes realidades los fracasos de los antepasados.

El caudal de nuestras energías será aquel que nos brinde el conocimiento de nuestro desequilibrio y el equipo de fuerzas de nues-

tra alma ilusionada. No son para nosotros y no nos pertenecen para hacerlos motivo de vanagloria los actos legendarios de los autóctonos, como tampoco nos pertenecen las hazañas de la conquista y los retoños discretos de las letras y de las artes castellanas, que esplendieran en la Colonia gracias al impulso vital de la Península: de la Península Ibérica que forjaba con la selva americana el santuario donde debían efectuarse las grandes reconciliaciones espirituales de los hombres.

El fortalecimiento de la entidad nacional que perseguimos no tiene en el pasado una idea, un personaje o un acontecimiento de significación vital que se clave con ahinco en las conciencias y que, por ende, afirme su desarrollo. Nulo es el valor de cien años empleados en la delimitación de las fronteras y en la constitución firme de la entidad política, de cien años de luchas político-religiosas movidas al compás de las ambiciones, de un siglo en el cual los movimientos ideológicos teñíanse con el colorido cultural europeo de sus directores y en donde los ideales mexicanistas se confundían con el crudo nacionalismo que alentó con el último destello del siglo pasado.

De los años idos no tenemos que recoger sino el ejemplo amargo de nuestras debilidades. Ayunos de toda tradición exclusivamente propia, que valga para nuestros problemas y que sea realmente histórica, no tenemos que conservar sino la herencia valiosa de nuestros progenitores y una multitud de sucesos pintorescos y sin tradición que han creado nuestro caos. Esta herencia, que es todo nuestro patrimonio, son realidades del presente, somos nosotros mismos: un hibridismo racial, una lengua y una religión.

Si la tradición no se ha impuesto como norma civilizadora de nuestra conducta, es porque la tradición no ha existido. Pero sí existen y se imponen las causas mismas de ella: nuestro sentido místico imperecedero, el vigor inenarrable de la raza y una lengua que rememora en tierras de América las viejas glorias de sus conquistas literarias.

Notad, sin embargo, que ni el poderío gubernamental ni el exclusivismo religioso, ni la unidad étnica, y ni la pluralidad de nuestros motivos plásticos o literarios, podrán dar a nuestro grupo un estilo de cultura que lo posibilite para fungir como órgano de la humanidad ecuménica.

Urge que se fundan a estas realidades la experiencia que nos donó Europa, y los ideales y la presión de los entusiasmos que agitan al Continente para que, estando capacitados para formular nuestra visión, nos interroguemos sobre el valor de nuestros actos futuros.

Apliquémonos porque nuestra conducta sea la síntesis del empuje recio de nuestras renovaciones, de nuestro conocimiento y del conocimiento de nuestro caos, de la potencia de nuestro ambiente y de la fe en la realidad futura ya presentida. A todo este conjunto informe de valores que vamos descubriendo conforme corren los años de este siglo, debemos animarlo y coronarlo con la pura expresión sentimental de la comunidad social y con el prestigio de una idea grandiosa que probablemente será la misión de América fraternizada.

Estas ideas, que informarán el primer ciclo histórico de México, traspasarán la esencia de nuestros fracasos y se hincarán muy hondo en el verdadero espíritu nuestro.

Esperemos el surgimiento de la personalidad nacional basados, sobre todo, en el resurgimiento de las capacidades individuales. La libertad, que no ha muerto, será la imagen de la nación futura y su cuerpo real aquella expresión de la vida que nos dé la liberación. Trocado así nuestro problema nacionalista en un problema de la cultura, las fronteras no serán más que líneas imaginarias de tradición. Los sistemas gubernamentales sólo existirían como órganos directores de nuestras manifestaciones sociales, el espíritu de la nación se definirá por el principio de la solidaridad y no por el principio de la lucha por la existencia, y a la norma del poderío como clave de los valores nacionales sucederá el principio de la diversidad de las culturas.

Luchemos porque la nuestra germine prolífica y sea una y distinta entre el predominio de la influencia europea, ya debilitada, y el influjo enérgico de la precultura yanqui.

Es nuestro deber enderezar los anhelos de la civilización, rehuír de las tentaciones egoístas de la nación presente, procurar no extraviar nuestra senda entre el torbellino del poder organizado y de la eficiencia técnica y forjar un nacionalismo hecho para nosotros y no para sí mismo, un nacionalismo que purifique los destinos de la civilización occidental.

Libres de toda tradición que entorpezca nuestros actos, podemos hacer justicia a la fértil grandeza europea, podemos justificar ante el mundo el valor de los designios espirituales del Oriente. Tal nobleza de propósitos será a los ojos de los incrédulos el símbolo de nuestra fuerza y juventud; tal jubilosa renunciación de los egoísmos patrios, nos dará, tenedlo por seguro, la nueva nación definida, no por las dinastías, los regímenes gubernamentales o las guerras, sino por las luchas de las ideas y por las capacidades individuales.

El porvenir de las grandes causas no se encierra en los estrechos horizontes de nuestra visión; se desenvuelve más allá de las copias serviles de los éxitos del día y el infinito es el seno de sus ideales.

Elevémonos más allá de la mezquindad de los que nada esperan, libertémonos de la presión tiránica y mortal de la materia, hagámonos solidarios de los proféticos augurios que encierra este mundo, aprovechemos la ayuda grata del Continente y con todo ello unámonos a las minorías que pretenden hacer la revelación de América, a esos luchadores en verdad heroicos que llevan adelante la impetuosidad primitiva de nuestra quimera; de nuestro noble ensueño que plasmará la cuna de las esperadas naciones americanas en las rutas azules del Atlántico y en los cerebros inviolados de las juventudes.